

más de que la lengua se nos ha dado para callar, bien así como se nos dió el libre albedrío para hacer sólo el gusto de los demás, los ojos para ver sólo lo que nos quieran enseñar, los oídos para sólo oír lo que nos quieran decir, y los pies para caminar adonde nos lleven.

»Y á alguno conozco yo, señor bachiller, que argüía á uno de estos que pregonan la felicidad presente; y arguyéndole con ejemplos bien palpables, le repetía á cada punto: ¿Con que estamos bien? A lo que le fué respondido como respondió Bossuet al jorobado: Para batuecos, amigo mio, no podemos estar mejor.»

Así ves, Andrés mio, á los batuecos, á quienes una larga costumbre de callar ha entorpecido la lengua, no acertar á darse mutuamente los buenos días, tener miedo, pazguatos y apocados, á su propia sombra cuando se la encuentran á su lado en una pared, y guardándose consideraciones á sí mismos por no hacerse enemigos, sucediéndoles precisamente que se mueren de miedo de morirse, que es la especie de muerte más miserable de que puede hombre morir. Bien como le sucedió á un enfermo á quien un médico brusista había mandado no comer si quería evitar la muerte, que comiendo, según decía, le amenazaba; el cual á poco tiempo de éste régimen dietético se murió de hambre.

Por lo demás, querido Andrés, te confieso que trae muchas ventajas el no hablar, y no quiero citarte para convencerte, entre otros ejemplos, sino el pícaro resultado y la larga cola, que más bien parece maza que cola, que nos han traído aquellas palabras que se hablaron en los principios del mundo, esto es, las que dijo á Eva la serpiente acerca del asunto de la manzana: trance primero en que empezó

ya á hacer la lengua de las suyas, y á dar á conocer para qué había de servir en el mundo. Sin lengua, ¿qué sería, Andrés, de los chismosos, canalla tan perjudicial en cualquiera república bien ordenada? ¿qué de los abogados? Ni existiera sin lengua la mentira, ni hubiera sido precisa la invención de la mordaza, ni entrara nunca el pecado por los oídos, ni hubiera murmuradores ni bachilleres, que son el gusano y polilla de todo buen orden. Con lo cual creo haberte convencido de otra ventaja que llevan los batuecos á los demás hombres, y de qué cosa sea tan especial el miedo, ó llámase la prudencia, que á tal silencio los reduce. Te diré más todavía: en mi opinión no habrán llegado al colmo de su felicidad mientras no dejen de hablar eso mismo poco que hablan, aunque no es gran cosa, y semeja sólo el suave é interrumpido murmullo del viento cuando silba por entre las ramas de los cipreses de un vasto cementerio; entonces gozarán de la paz del sepulcro, que es la paz de las paces. Y para que veas que no es sólo Dios el que desapruueba el hablar demasiado, como arriba llevo apuntado, te traeré otra autoridad recordándote al famoso filósofo griego (y no me hagas gestos al oír esto de filósofo), que enseñaba á sus discípulos por espacio de cinco años á callar antes de enseñarles ninguna otra cosa, que fué idea peregrina, y sería aquella cátedra lo que habría que oír, de donde concluyo, porque me canso, que cada batueco es un Platón, y no me parece que lo ha encarecido poco tu amigo:—*El bachiller.*

P. D. Se me olvidaba decirte que á mi última salida de las Batuecas se susurraba que hablaban ya. ¡Pobres batuecos! ¡Y ellos mismos se lo creían!



EL CASARSE PRONTO Y MAL

Así como tengo aquel sobrino de quien he hablado en mi artículo de empeños y desemeños, tenía otro no hace mucho tiempo, que en esto suele venir á parar el tener hermanos. Este era hijo de una mi hermana, la cual había recibido aquella educación que se daba en España no hace ningún siglo: es decir, que en casa se rezaba diariamente el rosario, se leía la vida del santo, se oía misa todos los días, se trabajaba los de labor, se paseaba las tardes de los de guardar, se velaba hasta las diez, se estrenaba vestido el domingo de Ramos, y andaba siempre señor padre, que entonces no se llamaba *papá*, con la mano más besada que reliquia vieja, y registrando los rincones de la casa, temeroso de que las muchachas, ayudadas de su cuyo, hubiesen á las manos algún libro de los prohibidos, ni menos aquellas novelas que, como solía decir, á pretexto de inclinar á la virtud, enseñan desnudo el vicio. No diremos que esta educación fuese mejor ni peor que la del día; sólo sabemos que vinieron los franceses, y como aquella buena ó mala educación no estaba en mi hermana en principios ciertos, sino en la rutina y en la opresión doméstica de aquellos terribles padres del siglo pasado, no fué necesaria mucha comunicación con algunos oficiales de la guardia imperial para echar de ver que si aquel modo de vivir era sencillo y arreglado, no era sin embargo el más divertido. ¿Qué motivo habrá, efectivamente, que nos persuada que debemos en esta corta vida pasarlo mal, pudiendo pasarlo mejor? Aficionóse mi hermana de las costumbres francesas, y ya no fué el pan pan, ni el vino vino: casóse, y siguiendo en la famosa jornada de Vitoria la suerte del tuerto Pepe Botellas, que tenía dos ojos muy hermosos y nunca bebía vino, emigró á Francia.

Excusado es decir que adoptó mi hermana las ideas del siglo; pero como esta segunda educación tenía tan malos cimientos como la primera, y como quiera que esta débil humanidad nunca sepa detenerse en el justo medio, pasó del Año cristiano á Pigault Lebrún, y se dejó de misas y devociones, sin saber más ahora

porqué las dejaba que antes porqué las tenía. Dijo que el muchacho se había de educar como convenía; que podría leer sin orden ni método cuanto libro le viniese á las manos, y que sé yo qué más cosas decía de la ignorancia y del fanatismo, de las luces y de la ilustración, añadiendo que la religión era un convenio social en que sólo los tontos entraban de buena fe, y del cual el muchacho no necesitaba para mantenerse bueno; que *padre* y *madre* eran cosa de brutos, y que á *papá* y *mamá* se les debía tratar de *tú*, porque no hay amistad que iguale á la que une á los padres con los hijos (salvo algunos secretos que guardarán siempre los segundos de los primeros, y algunos soplamocos que darán siempre los primeros á los segundos); verdades todas que respeto tanto ó más que las del siglo pasado, porque cada siglo tiene sus verdades, como cada hombre tiene su cara.

No es necesario decir que el muchacho, que se llamaba Augusto, porque ya han caducado los nombres de nuestro calendario, salió despreocupado, puesto que la despreocupación es la primera preocupación de este siglo.

Leyó, hacinó, confundió; fué superficial, vano, presumido, orgulloso, terco, y no dejó de tomarse más rienda de la que se le había dado. Murió, no sé á qué propósito, mi cuñado, y Augusto regresó á España con mi hermana, toda aturdida de ver lo brutos que estamos por acá todavía los que no hemos tenido como ella la dicha de emigrar; y trayéndonos entre otras cosas noticias ciertas de cómo no había Dios, porque eso se sabe en Francia de muy buena tinta. Por supuesto que no tenía el muchacho quince años y ya galleaba en las sociedades, y citaba, y se metía en cuestiones, y era hablador, y racionador como todo muchacho bien educado; y fué el caso que oía hablar todos los días de aventuras escandalosas y de los amores de fulanita con la menganita, y le pareció en resumidas cuentas cosa precisa para hombrear, enamorarse.

Por su desgracia acertó á gustar á una joven, personita muy bien educada también, la cual es verdad que no sabía gobernar una casa, pero se

embaulaba en el cuerpo en sus ratos perdidos, que eran para ella todos los días, una novela sentimental, con la más desatinada afición que en el mundo jamás se ha visto; tocaba su poco de piano y cantaba su poco de aria de vez en cuando, porque tenía una bonita voz de contralto. Hubo guiños y apretones desesperados de pies y manos, y varias epístolas recíprocamente copiadas de la Nueva Eloísa; y no hay más que decir sino que á los cuatro días se veían los dos inocentes por la ventanilla de la puerta y escurrían su correspondencia por las rendijas, sobornaba con el mejor fin del mundo á los criados, y por último, un su amigo, que debía de quererle muy mal, presentó al señorito en la casa. Para colmo de desgracia, él y ella, que habían dado principio á sus amores porque no se dijese que vivían sin su trapillo, se llegaron á imaginar primero, y á creer después á pies juntillas, como se suele muy mal decir, que estaban verdadera y terriblemente enamorados. ¡Fatal credulidad! Los parientes, que previeron en qué podía venir á parar aquella inocente afición ya conocida, pusieron de su parte todos los esfuerzos para cortar el mal, pero ya era tarde. Mi hermana, en medio de su despreocupación y de sus luces, nunca había podido desprenderse del todo de cierta afición á sus ejecutorias y blasones, porque hay que advertir dos cosas: 1.^a que hay despreocupados por este estilo; y 2.^a que somos nobles, lo que equivale á decir, que desde la más remota antigüedad nuestros abuelos no han trabajado para comer. Conservaba mi hermana este apego á la nobleza, aunque no conservaba bienes; y esta es una de las razones por que estaba mi sobrinito destinado á morir de hambre si no se le hacía meter la cabeza en alguna parte, porque eso de que hubiera aprendido un oficio, ¡oh! ¿qué hubieran dicho los parientes y la nación entera? Averiguóse, pues, que no tenía la niña un origen tan preclaro, ni más dote que su instrucción novelesca y sus *duettos*, fincas que no bastan para sostener el boato de unas personas de su clase. Averiguó también la parte contraria que el niño no tenía empleo, y dándosele un bledo de su nobleza, hubo aquello de decirle: «Caballerito, ¿con qué objeto entra usted en mi casa?—Quiero á Elenita, respondió mi sobrino.—¿Y con qué fin, caballerito?—Para casarme con ella.—Pero no tiene usted empleo ni carrera.—Eso es cuenta mía...—Sus padres de usted no consentirán...—Sí señor, usted no conoce mis papás.—Perfectamente; mi hija será de usted en cuanto me traiga

una prueba de que pueda mantenerla, y el permiso de sus padres; pero en el ínterin, si usted la quiere tanto, excuse por su mismo decoro sus visitas.—Entiendo.—Me alegro, caballerito;» y quedó nuestro Orlando hecho una estatua, pero bien decidido á romper por todos los inconvenientes.

Bien quisiéramos que nuestra pluma, mejor cortada, se atreviese á trasladar al papel la escena de la niña con la mamá; pero diremos en suma que hubo prohibición de salir y de asomarse al balcón, y de corresponder al mancebo; á todo lo cual la malva respondió con cuatro desvergüenzas acerca del libre albedrío y de la libertad de la hija para escoger marido, y no fueron bastantes á disuadirla las reflexiones acerca de la ninguna fortuna de su elegido: todo era para ella tiranía y envidia que los papás tenían de sus amores y de su felicidad; concluyendo que en los matrimonios era lo primero el amor, que en cuanto á comer, ni eso hacía falta á los enamorados, porque en ninguna novela se dice que coman las Amandas y los Mortimers, ni nunca les habían de faltar unas sopas de ajo.

Poco más ó menos fué la escena de Augusto con mi hermana, porque aunque no sea legítima consecuencia, también concluía de que los padres no deben tiranizar á los hijos, que los hijos no deben obedecer á los padres: insistía en que era independiente; que en cuanto á haberle criado y educado, nada le debía, pues lo había hecho por una obligación imprescindible, y á lo del ser que le había dado, menos, pues no se lo había dado por él, sino por las razones que dice nuestro Cadalso entre otras lindezas sutilísimas de este jaez.

Pero insistieron también los padres, y después de haber intentado infructuosamente varios medios de seducción y raptó, no dudó nuestro paladín, vista la obstinación de las familias, en recurrir al medio en boga de sacar á la niña por el vicario. Púsose el plan en ejecución y á los quince días mi sobrino había reñido ya decididamente con su madre; había sido arrojado de su casa, privado de sus cortos alimentos, y Elena depositada en poder de una potencia neutral; pero se entiende, de esta especie de neutralidad que se usa en el día; de suerte que nuestra Angélica y Medoro se veían más cada día, y se amaban más cada noche. Por fin amaneció el día feliz, otorgóse la demanda; un amigo prestó á mi sobrino algún dinero, uniéronse con el lazo conyugal, estable-

ciéronse en su casa, y nunca hubo felicidad igual á la que aquellos buenos hijos disfrutaron mientras duraron los pesos duros del amigo.

Pero ¡oh dolor! pasó un mes y la niña no sabía más que acariciar á su Medoro, cantarle una aria, ir al teatro y bailar una mazurca; y Medoro no sabía más que disputar. Ello, sin embargo, el amor no alimenta, y era indispensable buscar recursos.

Mi sobrino salía de mañana á buscar dinero, cosa más difícil de encontrar de lo que parece, y la vergüenza de no poder llevar á su casa con qué dar de comer á su mujer, le detenía hasta la noche. Pasemos un velo sobre las escenas horribles de tan amarga posición. Mientras que Augusto pasa el día lejos de ella en sufrir humillaciones, la infeliz consorte gime luchando entre los celos y la rabia. Todavía se quieren; pero en casa donde no hay harina todo es mohina; las más inocentes expresiones se interpretan en la lengua del mal humor como ofensas mortales; el amor propio ofendido es el más seguro antídoto del amor, y las injurias acaban de apagar un resto de la antigua llama que amortiguada en ambos corazones ardía; se suceden unos á otros los reproches; y el infeliz Augusto insulta á la mujer que le ha sacrificado su familia y su suerte, echándole en cara aquella desobediencia á la cual no há mucho tiempo él mismo la inducía; á los continuos reproches se sigue en fin el odio.

¡Oh, si hubiera quedado aquí el mal! Pero un resto de honor mal entendido que bulle en el pecho de mi sobrino, y que le impide prestarse para sustentar á su familia á ocupaciones groseras, no le impide precipitarse en el juego, y en todos los vicios y bajezas, en todos los peligros que son su consecuencia. Corramos de nuevo, corramos un velo sobre el cuadro á que dió la locura la primera pincelada, y apresurémonos á dar nosotros la última.

En este miserable estado pasan tres años, y ya tres hijos más rollizos que sus padres alborotan la casa con sus juegos infantiles. Ya el himeneo y las privaciones han roto la venda que ofuscaba la vista de los infelices: aquella amabilidad de Elena es coquetería á los ojos de su esposo; su noble orgullo, insufrible altanería; su garrulidad divertida y graciosa, locuacidad insolente y cáustica; sus ojos brillantes se han marchitado, sus encantos están ajados, su talle perdió sus esbeltas formas, y ahora conoce que sus pies son grandes y sus manos feas; ninguna amabilidad, pues, para ella, ninguna considera-

ción. Augusto no es á los ojos de su esposa aquel hombre amable y seductor, flexible y condescendiente; es un holgazán, un hombre sin ninguna habilidad, sin talento alguno, celoso y soberbio, déspota y no marido... en fin, ¡cuánto más vale el amigo generoso de su esposo, que les presta dinero y les promete aún protección! ¡Qué movimiento en él! ¡qué actividad! ¡qué heroísmo! ¡qué amabilidad! ¡qué adivinar los pensamientos y prevenir los deseos! ¡qué no permitir que ella trabaje en labores groseras! ¡qué asiduidad, y qué delicadeza en acompañarla los días enteros que Augusto la deja sola! ¡qué interés, en fin, el que se toma cuando la descubre, por su bien, que su marido se distrae con otra!...

¡Oh poder de la calumnia y de la miseria! Aquella mujer que, si hubiera escogido un compañero que la hubiera podido sostener, hubiera sido acaso una Lucrecia, sucumbe por fin á la seducción y á la falaz esperanza de mejor suerte.

Una noche vuelve mi sobrino á su casa; sus hijos están solos.—¿Y mi mujer? ¿y sus ropas?—Corre á casa de su amigo.—¿No está en Madrid? ¡Cielos! ¡Qué rayo de luz! ¿Será posible? Vuela á la policía, se informa. Una joven de tales y tales señas con un supuesto hermano han salido en la diligencia para Cádiz. Reune mi sobrino sus pocos muebles, los vende, toma un asiento en el primer carruaje, y hétele persiguiendo á los fugitivos. Pero le llevan mucha ventaja, y no es posible alcanzarlos hasta el mismo Cádiz. Llega; son las diez de la noche, corre á la fonda que le indican, pregunta, sube precipitadamente la escalera, le señalan un cuarto cerrado por dentro; llama; la voz que le responde le es harto conocida y resuena en su corazón; redobla los golpes; una persona desnuda levanta el pestillo. Augusto ya no es hombre, es un rayo que cae en la habitación; un chillido agudo le convence de que le han conocido; asesta una pistola, de dos que trae, al seno de su amigo, y el seductor cae revolcándose en su sangre; persigue á su miserable esposa, pero una ventana inmediata se abre y la adúltera, poseída del terror y de la culpa, se arroja, sin reflexionar, de una altura de más de sesenta varas. El grito de la agonía le anuncia su última desgracia y la venganza más completa; sale precipitado del teatro del crimen, y encerrándose, antes que le sorprendan, en su habitación, coge aceleradamente la pluma y apenas tiene tiempo para dictar á su madre la carta siguiente: «Madre mía: Dentro de media hora no exis-

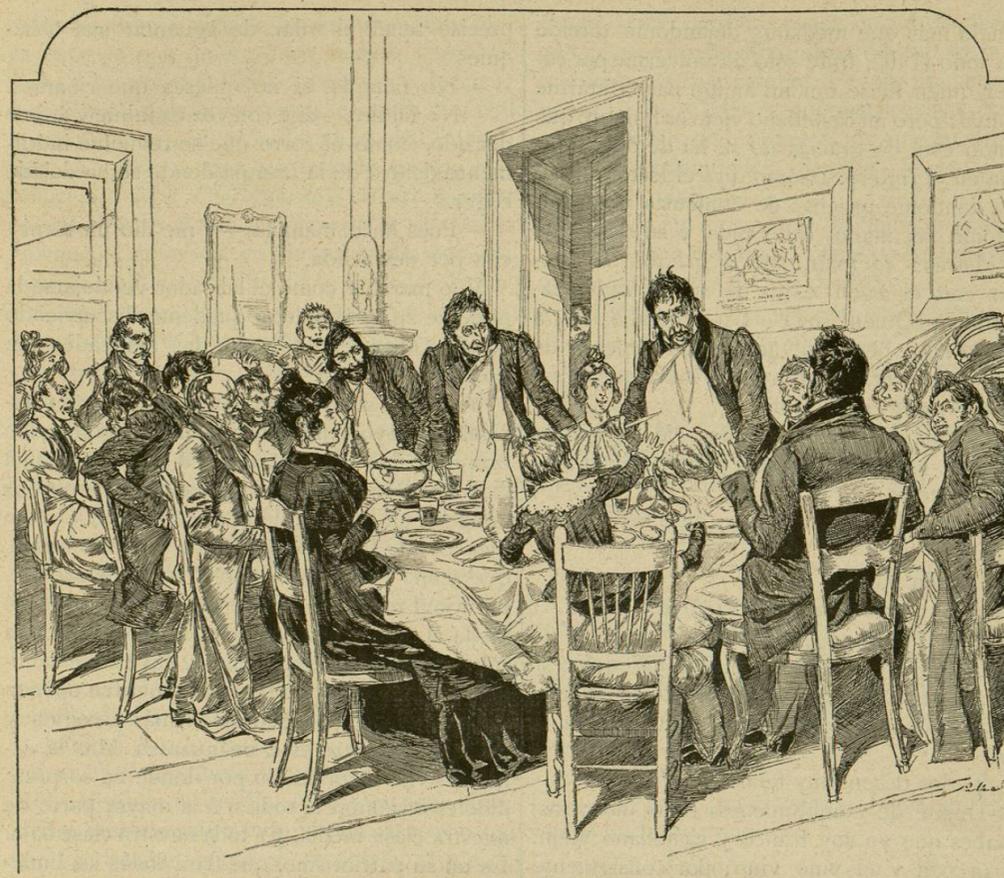
tiré; cudad de mis hijos, y si quereis hacerlos verdaderamente despreocupados, empezad por instruirlos... Que aprendan en el ejemplo de su padre á respetar lo que es peligroso despreciar sin tener antes más sabiduría. Si no les podeis dar otra cosa mejor, no les quitéis una religión consoledora. Que aprendan á domar sus pasiones y á respetar á aquellos á quien lo deben todo. Perdonadme mis faltas: harto castigado estoy con mi deshonra y mi crimen; harto cara pago mi falsa preocupación. Perdonadme las lágrimas que os hago derramar. Adiós para siempre.»

Acabada esta carta, se oyó otra detonación que resonó en toda la fonda, y la catástrofe que

le sucedió me privó para siempre de un sobrino, que, con el más bello corazón, se ha hecho desgraciado á sí y á cuantos le rodean.

No hace dos horas que mi desgraciada hermana, después de haber leído aquella carta, y llamádome, para mostrármela, postrada en su lecho, y entregada al más funesto delirio, ha sido desahuciada por los médicos.

«Hijo... despreocupación... boda... religión... infeliz...» son las palabras que vagan errantes sobre sus labios moribundos. Y esta funesta impresión, que domina en mis sentidos tristemente, me ha impedido dar hoy á mis lectores otros artículos más joviales que para mejor ocasión les tengo reservados.



EL CASTELLANO VIEJO

Ya en mi edad pocas veces gusto de alterar el orden que en mi manera de vivir tengo hace tiempo establecido, y fundo esta repugnancia en que no he abandonado mis lares ni un solo día para quebrantar mi sistema, sin que haya sucedido el arrepentimiento más sincero al desvanecimiento de mis engañadas esperanzas. Un resto, con todo eso, del antiguo ceremonial que en su trato tenían adoptado nuestros padres, me obliga á aceptar á veces ciertos convites á que parecería el negarse grosería, ó por lo menos ridícula afectación de delicadeza.

Andábame días pasados por esas calles á buscar materiales para mis artículos. Embebido en mis pensamientos, me sorprendí varias veces á mí mismo riendo como un pobre hombre de mis propias ideas y moviendo maquinalmente los labios; algún tropezón me recordaba de cuando en cuando que para andar por el empedrado de Madrid no es la mejor circunstancia

la de ser poeta ni filósofo; más de una sonrisa maligna, más de un gesto de admiración de los que á mi lado pasaban, me hacía reflexionar que los soliloquios no se deben hacer en público; y no pocos encontrones que al volver las esquinas dí con quien tan distraída y rápidamente como yo las doblaba, me hicieron conocer que los distraídos no entran en el número de los cuerpos elásticos, y mucho menos de los seres gloriosos é impasibles. En semejante situación de espíritu, ¿qué sensación no debería producirme una horrible palmada que una gran mano, pegada (á lo que por entonces entendí) á un grandísimo brazo, vino á descargar sobre uno de mis hombros, que por desgracia no tienen punto alguno de semejanza con los de Atlante?

No queriendo dar á entender que desconocía este enérgico modo de anunciarse, ni desairar el agasajo de quien sin duda había creído ha-